

Terror en la escuela

Sebastián Pedrozo

loqueleg

ANTES DE COMENZAR

Así que te gusta tu escuela. ¿Realmente te gusta? Ok, no hace falta que lo pienses tanto. No tiene nada de malo dudar un poco.

Sea cual sea tu respuesta, creo que lo que sigue puede interesarte. En realidad, estoy seguro de que va a interesarte.

¿Has notado cómo algunas aulas lucen como abandonadas? ¿No has reparado en que tienen un aspecto un tanto siniestro? Como si allí hubiese ocurrido algo que no se puede decir en voz alta. ¿Te habrás dado cuenta de que hay viejos altillos a los que nadie entra? Ni siquiera si la mismísima directora da la orden. ¿Y esos profesores que lucen pálidos y distraídos? Acaso serán vampiros o criaturas del más allá, cuyo único motivo de transitar por este mundo es el de provocar miedo a sus alumnos, ¿no?

Pues bien, estas historias hablan de alumnos y docentes poseídos por el terror. Algunos malvados, otros malditos. El miedo será su guía y su perdición.

Comencemos. Antes, una advertencia: posiblemente haya una historia que te lleve a recordar algo horroroso de tu propia escuela.

Ya estás avisado.

Bienvenido.

Tu antiguo servidor, Tony Vedder

Los niños olvidados

Bruno tenía hambre y frío. Estaba sentado en el centro de un gran banco de madera, al lado de la puerta de la dirección.

11

Le habían avisado que su padre iba a demorar en llegar: un desperfecto en el auto era la razón. Nadie, ni siquiera su maestra, sabía cuánto podía tardar en solucionarse el problema mecánico.

–Yo me tengo que ir, Bruno –le había dicho la docente antes de ponerse la campera y tocarle la frente con una mano helada.

–Bueno –respondió el niño, resignado.

–Esperá cerca de la dirección, así Nora te puede ver; seguro tu papá no tarda mucho... Ah, y te fue bien hoy con la presentación, hasta miedo me dio, je –comentó mientras se alejaba rápidamente.

Nora era la secretaria. Una maestra al borde de la jubilación.

“Hasta miedo me dio”.

La frase quedó suspendida en la mente del niño como un globo de helio en el techo.

Bruno sentía que aquel trabajo le había producido una inmensa alegría y, en cierta forma, un alivio. No estaba tan seguro de que sus compañeros hubieran disfrutado tanto de la clase.

12 Al investigar sobre historias ocultas de su colegio se había sumergido en un mundo fantástico lleno de sorpresas. Que tenían como escenario el gran edificio que ocupaba toda una manzana. Después de estudiar estos temas sintió ganas de concurrir a clases –y sin quejas– cuando su padre lo despertaba aplaudiendo parado en la puerta del cuarto:

–¡Vamos, vamos arriba!

“Terror en la escuela”. Ese era el título que se leía en su carpeta. Con el subtítulo: “Historias ocultas y misteriosas en las aulas”.

Estas historias habían venido a él desde un lugar indefinido, como un relámpago, directamente hasta su cabeza. Como un golpe, una bofetada. Escenas borrosas que él acomodó, e hizo crecer con su imaginación. A veces, era sorprendido por una voz difusa que le dictaba una oración completa. Y él la respetaba, la escuchaba con cuidado, seguía sus pasos. No sabía que era capaz de hilvanar enunciados como perlas de un collar que crecía con las horas. Era una voz segura de lo que contaba. Lo mejor era obedecerla.

Esta rutina se transformó en un refugio. Una salvación.

Bruno no se sentía bien desde hacía unos cuantos meses. Nuevo barrio –¡otro más!, nuevos amigos y escuela. El malestar, como una leve tristeza que comenzaba en la boca del estómago y le quitaba el hambre. Esa misma tristeza se instalaba en la noche y, a veces, le ganaba la batalla al sueño.

Hasta que llegaron las historias de terror y le permitieron dormir con ganas.

Las cinco y cinco. Al principio pensó que, después de todo, no era tan grave quedarse por un rato solo –o casi– en la escuela. Su padre jamás había llegado tarde. No era cuestión de dramatizar o hacer un escándalo cuando llegara. Hacía lo que podía, eso era un hecho.

Además, él había visto cómo varios compañeros se quedaban a esperar a sus familiares después de hora.

En la escuela había reglas estrictas. No se podía usar el celular dentro del horario de clase. Habían pasado siete minutos desde la salida. Entonces, sacó el aparato del fondo de la mochila y pulsó el botón que encendía el receptor de Imán, el programa que controlaba todo el *smartphone*.

–¿Imán? –llamó Bruno.

–Hola –pronunció una vez aguda, metálica.

–Llamar a papá, por favor.

–Enseguida –respondió la voz artificial.

Pasaron apenas unos diez segundos cuando Imán habló de nuevo.

–Imposible conectar. El dispositivo está apagado.
¿Qué más puedo hacer por usted?

–Nada. Gracias, Imán –soltó Bruno.

–A las órdenes.

–Ah, sí, hay algo –exclamó Bruno, sentándose derecho en el banco.

–Dígame –respondió Imán.

–¿A cuántas cuadras está mi padre? –preguntó el chico.

–Sólo tomará un segundo –comentó Imán.

14 Bruno repasó con su dedo índice la carpeta que contenía su trabajo. Suspiró.

–El dispositivo móvil de su padre se encuentra a siete mil quinientos cuarenta metros –dijo Imán.

Bruno hizo una cuenta mental. Setenta cuadras. Eso era mucho. Suspiró de nuevo. Ahora sabía que tenía para rato ahí sentado.

–¿Podemos intentar de nuevo, Imán? –insistió Bruno.

–Claro, llamand... –dijo Imán, pero no llegó a completar la frase.

–¿Hola? ¿Hola?

Bruno miró su teléfono. La pantalla estaba negra, muerta.

–Pero si estaba cargado y no usé el celular en todo el día –se quejó.

No había forma, el aparato había fallecido. Aquel modelo era muy práctico, pero no se podía hacer mucho más. Tampoco tenía la opción de quitarle la batería

y reiniciar el encendido. Buscó en su mochila y no encontró el cargador.

–Hago lo que puedo, hijo –Bruno escuchó la voz de su padre en su cabeza.

–Siempre me hace lo mismo, cuando lo necesito urgente, desaparece –se lamentó–. Siempre lo mismo.

Sintió una molestia en la boca del estómago.

No. No quería quedarse allí, acompañado por la siempre silenciosa y seria secretaria: la señora Nora.

Miró hacia el final del pasillo. Una niña flaca, y con el pelo largo que parecía sacudirse por el viento, abría la puerta de la escuela. El frío entró al instante. Como si alguien hubiese lanzado infinitas agujas invisibles que se incrustaran en la piel y los ojos.

El frío también le daba tristeza. O algo parecido a la tristeza. Era una extraña sensación que lo hacía sentirse aún más lejos de casa, solitario.

Y aquella escuela era tan fría. Tan gris y vieja. ¿Cómo nadie se escandalizaba por esto?, en definitiva, no era cuestión de quejarse tanto, a raíz de eso había conseguido muchas anécdotas.

La niña flaca giró antes de dar un paso al exterior. El movimiento del adiós. Miró a Bruno, levantó la mano, luego se tocó la nariz como si comprobase que seguía allí y sonrió. Mostró una dentadura forrada de *brackets* multicolores. Fue una risa más siniestra que amable, pensó el chico.